

EL SIGUIENTE MATERIAL TIENE

DERECHOS DE AUTOR

POR LO QUE SE SUGIERE QUE EL
MISMO NO SEA REPRODUCIDO NI
USADO CON FINES DE LUCRO.

UNICAMENTE PARA FINES
EDUCATIVOS Y DE INVESTIGACION

70.36
7675
#9-10

UNIVERSIDAD DE SAN CARLOS DE GUATEMALA
CENTRO DE ESTUDIOS FOLKLORICOS

INGUAT
BIBLIOTECA

TRADICIONES DE GUATEMALA

9-10

Guatemala, Centroamérica

1978

Agg 2005 #D524

EXPLICACION

Con igual título anunciamos en el número 3 de Tradiciones de Guatemala, que esta revista se convertiría en una publicación semestral. Y cumplimos nuestro ofrecimiento, pues a lo largo de 1975, 1976 y 1977, editamos los números 3, 4, 5, 6, 7 y 8.

Por limitaciones de índole financiero, que afrontamos hoy y que quizá subsistan en el futuro, hemos sido obligados a refundir en un solo volumen los números 9 y 10, correspondientes ambos a 1978. De ahí que nos anticipemos a informar que muy pronto tendremos que acudir a las personas e instituciones interesadas en la defensa del patrimonio cultural de Guatemala, para obtener de ellas la ayuda que pueda permitirnos salvar una revista que pretende difundir estudios, documentos y otros testimonios relacionados con nuestras tradiciones populares. Creemos que sólo merced a esa colaboración podremos seguir adelante.

Sírvanse aceptar los lectores de Tradiciones de Guatemala, a quienes reiteramos que nos anima el propósito de asegurar el destino de la revista del Centro de Estudios Folkloricos de la Universidad de San Carlos de Guatemala, la excusa implícita en esta nota.

El Director

ARCHIVO

MASCARAS GUATEMALTECAS

Mario Monteforte Toledo

La máscara es una práctica casi universal, lo mismo entre los pueblos primitivos que entre las sociedades cultas. Acentuadas por los valores que predominan según el tiempo y el lugar, son de carácter religioso en Africa, de género artístico en el Japón, y participan de ambas esencias en Guatemala y en México.

Parece como si apenas se consolidan y se diferencian los conceptos espirituales, surgiera la necesidad de estereotipar, de hacer al personaje que enuncia palabras ajenas, a la vez más teatral y más humano, y en todo caso, menos sujeto a la deformación personal que generalmente imprimen los intérpretes.

Por este proceso de fijación y de simplificación, se desenbota al clasicismo. En tal sentido la máscara es anti-romántica, por impedir hasta el máximo la expresión del hombre en lo que tiene de no-actor; y por eso la ha abandonado la humanidad contemporánea, urgida de dinámica y de caracterizaciones realistas, más complejas y contradictorias a medida que se acercan a las tenebrosas motivaciones del subconsciente.

Casi todas las manifestaciones artísticas del indio son eminentemente clásicas; basta analizar la música, la danza, el tejido o la poesía, para encontrar de inmediato la pureza de los tipos, la obediencia a patrones aceptados y la mínima intervención del creador en la obra de arte. A lo escolástico los indios llaman la "costumbre"; "no es costumbre" significa que lo que se les pide no puede hacerse por ser contrario a los cánones, a las reglas ancestrales.

Tomado de *El Imparcial*. Guatemala, circa 1944-1954.

He aquí por qué Guatemala es uno de los países más ricos en máscaras, cuyo uso data de tiempos inmemoriales. El indio antiguo cantaba, pero sobre todo bailaba y representaba teatro. El **Popol-Vuh** cita varios bailes rituales que practicaban los seres maravillosos en la época de los gigantes, con antelación al advenimiento de los hombres de maíz: los de los Cerbataneros en **Xibalbá**; los de Ixquic, la doncella del submundo; los de animales y dioses. Más tarde, danzan los hombres a la aurora y a otros fenómenos naturales, ya en la época histórica de las migraciones que capitaneaban los cuatro primeros señores de las casas del Quiché. Y casi todos estos bailes se hacían con máscaras, que inclusive se mencionan y son causa de dádiva y de milagrería. Recuérdese también el admirable **Rabinal-Achí**, y consúltense códices y cerámicas, y edificios mayas y quichés. Ahí está la fuente de las actuales máscaras de Guatemala.

Como los naguales eran encarnaciones en diversos seres o personas, es explicable que los animales formaran parte de las expresiones artísticas de los indios. Se originan así las máscaras de venados, tigres, leones, perros, monos, pájaros, etc., que por otra parte, juegan tan importante papel en los mitos maya-quichés, y los adornos que conservan aún ciertas máscaras humanas, como quetzales, lagartijas, ranas y sobre todo culebras.

Son los mismos símbolos que aparecen en las telas indias, aunque menos estilizados y menos esotéricos; porque las máscaras obedecen en parte a demandas estéticas, en tanto que los atavíos masculinos, y sobre todo los femeninos, tienen un origen religioso o mítico. Balam-Quitze, Balam-Acab y Mahucutah, tres de los primeros señores quichés, pintaron abejorros, avispas y otros animales en las ropas de las dos vírgenes que enviaron las tribus vasallas para que con su carne sedujeran al dios Tohil; el Señor de las tribus vasallas se maravilló de estas telas "que brillaban ante la vista" y quiso ponérselas, y al instante los zánganos y las avispas cobraron vida y empezaron a picarle (**Popol-Vuh**, IV Parte, Cap. II). En verdad que las telas indígenas de hoy día parecen pintadas por los dioses.

Las máscaras eran de piedra o de materias más ricas, como el alabastro y el jade. Aunque los primeros cronistas españoles mencionan también las máscaras de madera, seguramente fueron los conquistadores quienes perfeccionaron a los artífices indios en la talla y sobre todo en el estucado y el retoque, que por desgracia se está perdiendo o degenerando.

La mascarería era —como casi todas las artes indias— y aún es



Máscara de tigre. Baile no determinado. Colección del Centro de Estudios Folklóricos. (Fotografía: Manuel Guerra Caravantes).



Máscara de la muerte. Baile de los veinticuatro diablos. Colección del Centro de Estudios Folklóricos. (Fotografía: Manuel Guerra Caravantes).

motivo del artesanado hereditario. Quedan aún dos o tres familias en Totonicapán, y la casa de los Ignacio en Chichicastenango, donde se fabrican las estupendas máscaras guatemaltecas. Es de lamentar que los artífices actuales, especialmente los Ignacio, estén soltando su imaginación para hacer mascaritas puramente decorativas—inclusive de vacas y cabros—, postergando las pristinas motivaciones míticas en que se basan las máscaras de sus mayores.

Si no fuera más que por la clarividencia con que los españoles comprendieron los valores substanciales en que reposaba el mundo indígena, serían admirables en concepto de conquistadores. No fue el comercio el título primero de la sujeción; fue la superposición de símbolos artísticos morales y religiosos.

Intuyendo el alcance social que tenía la danza, con sus pertenencias y atavíos, la aprovecharon para hacer comprensibles de manera plástica el proceso y el significado de su venida del otro lado del mar. Sobreviven aún el baile de la Conquista y el de Moros y Cristianos, este último completamente ajeno al medio americano, y no obstante utilizado como vehículo para ejemplificar la lucha del catolicismo contra la herejía. Las máscaras que se usan para esos bailes, hechas por los indios, no han perdido sus características barrocas ni el diseño que tenían probablemente desde el siglo XVI. Tampoco se ha deformado el texto recitativo, que los indios han repetido durante cuatro siglos sin comprender que narra su derrota y se refiere al sesgo del curso de su noble historia. En el baile de la Conquista se observa una práctica única: el rey Tecún-Umán, que ostenta durante toda la representación una hermosa máscara aguileña con dos quetzales en la frente, se coloca en el momento de morir otra acentuada por la palidez, con la cual sus llorosos vasallos pasean su cadáver al compás de una música de una pureza extraordinaria.

Existen también las máscaras del baile de los Negritos, originado en tiempos de la esclavitud, donde se trata con benévolo rasero a los negros, quizás porque sufrían la misma condición que los indios.

Hay otra danza llamada de "los Fieros", en que las máscaras tienen rasgos de mestizo y el énfasis de lo grotesco cae sobre la vestimenta.

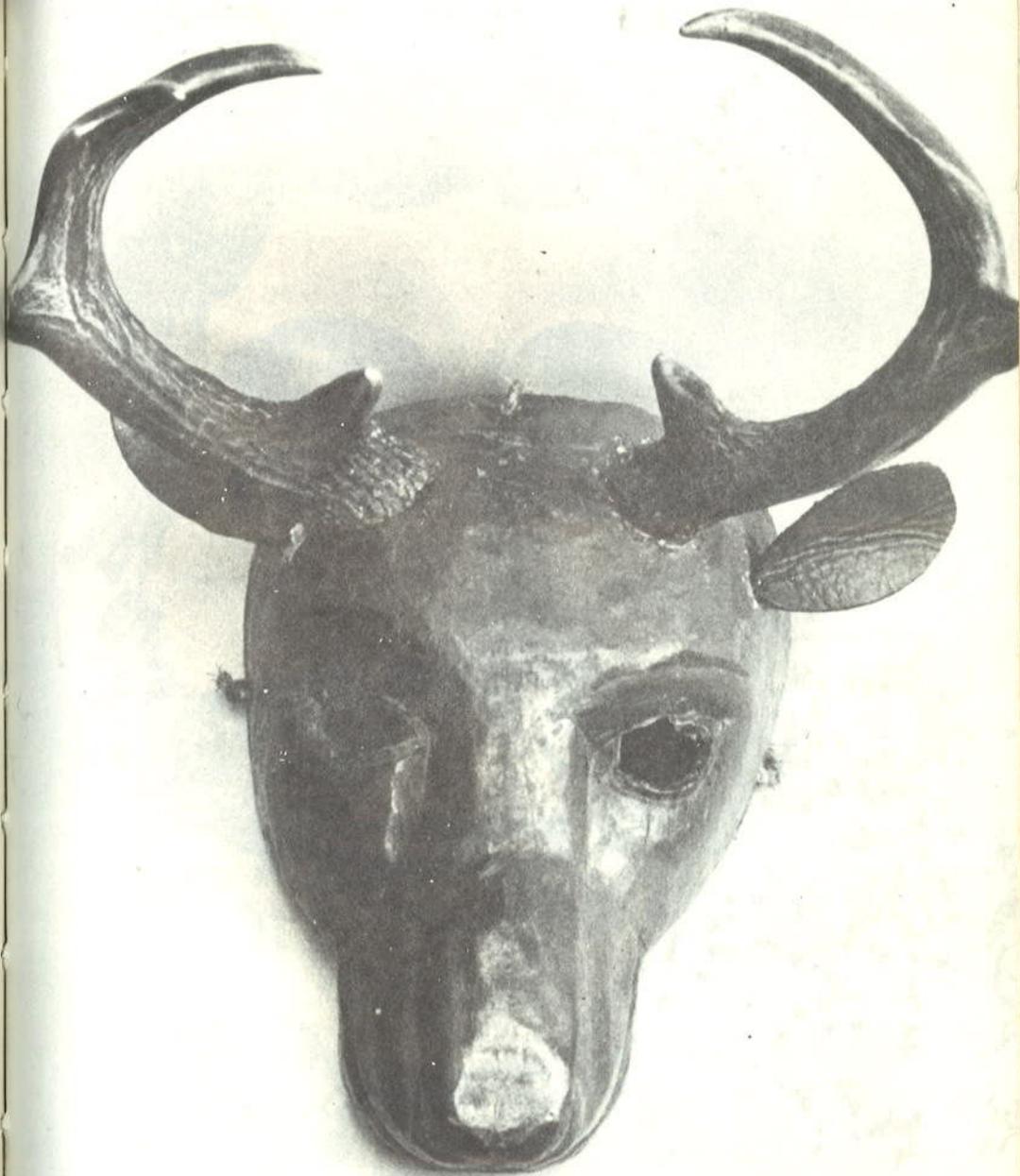
Todos estos bailes y consiguientemente las máscaras que forman parte de ellos, son de origen español. El indio no puede haberlos adoptado por convicción sino por imposición religiosa, al principio, y luego porque al compás de música que sí le pertenece, los incorporó al arte de la danza que de modo tan íntimo se vinculaba a su mundo y a sus modalidades expresivas.

Otra ingerencia del español en la mascarería indígena se evidencia en los diablos, que abundan en tantos bailables vernáculos. Ningún documento indio cita personajes mitológicos con cuernos. El reino de Xibalbá que se suponía situado debajo de la tierra, no equivale exactamente al infierno bíblico, por más que estaba habitado por potencias del mal que se describen puntualmente en el **Popol-Vuh**. Los peores esperpentos de Xibalbá, los Tukur y los Camalotz —tecolotes y murciélagos—, están retratados con fervorosa imaginación: pero no guardan relación alguna con los demonios de la cosmogonía cristiana, tales como figuran en las danzas indias actuales. Tal vez por eso los diablos representan en esos bailes papeles más bien cómicos que siniestros, seguramente no bajo la influencia española sino porque así los interpretaron y lo realizaron las mentes indias.

Estas son las únicas danzas indígenas que emanan de la Conquista y de la Colonia. Por cierto las máscaras que las acompañan son las que más se sujetan a cánones plásticos estereotipados (la nariz aguileña, los bigotes largos y enrollados, los cabellos en rizos exageradamente trabajados, las cejas altas y fruncidas). Más propia y genuina del indio es la mascarería de los animales que en muchas danzas se expresan en lenguas maya-quichés de acuerdo con los textos más antiguos que se transmiten de padres a hijos probando las singulares facultades mnemotécnicas de nuestros aborígenes.

Las danzas rituales de los maya-quichés se han perdido: posiblemente las extirparon los misioneros como cosas del demonio. Sólo sabemos de las máscaras que en ellas se usaban por lo que puede verse en las piedras de los museos y de las ciudades en ruinas.

Pero es evidente que las máscaras guatemaltecas pertenecen al indio, quien las ha venido haciendo y conservando, igual que muchos otros tesoros artísticos que enorgullecen justamente al país.



Máscara de venado: Baile del venado. Colección del Centro de Estudios Folklóricos.
(Fotografía: Manuel Guerra Caravantes).



Máscara de español, Baile de la conquista. Colección del Centro de Estudios
Folklóricos. (Fotografía: Manuel Guerra Caravantes).